

CAPÍTULO I

Donde la Tierra Habló Dulce

Mucho antes de que existiera un mapa, antes incluso de que un nombre pudiera trazarse en los pergaminos de **Kanu'tsur**, las tierras que hoy llamamos **Chokán** eran un territorio sin límites escritos, montañas húmedas que exhalaban vapor al amanecer, ríos tibios que serpenteaban como criaturas vivas y bosques tan densos que parecía que respiraban al ritmo lento y antiguo de la bruma de **Nákara**, y en esa respiración se escondía un lenguaje que aún no tenía oyentes.

En aquellos tiempos el mundo no se definía por fronteras sino por sensaciones, el olor del agua joven, el peso de la lluvia sobre la piel, el murmullo de las raíces al acomodarse en la tierra, y cada elemento tenía un pulso propio, cada forma hablaba aunque nadie aún supiera escucharlo, y era como si la creación entera aguardara paciente a que los hombres aprendieran a descifrar su voz, a reconocer que lo invisible también sostiene lo visible, que lo que parece silencio es en verdad la primera música del mundo.

Cuando los primeros grupos humanos llegaron a ese territorio no buscaron poseerlo, se acercaron con cautela, casi pidiendo permiso, porque la presencia del lugar imponía un respeto que no conocían, eran viajeros cansados, pueblos sin hogar fijo, nómadas que habían seguido el curso de los vientos y las estaciones, y llegaron atraídos por algo que no sabían nombrar, un aroma dulce que parecía nacer de la misma tierra, un soplo que los envolvía como si la tierra misma quisiera ofrecerles un secreto.

Ese aroma era más que fragancia, era una invitación silenciosa, un llamado que no se imponía pero que tampoco podía ignorarse, y en él los recién llegados reconocieron una promesa, la certeza de que aquel territorio no era solo suelo ni paisaje, sino un espacio vivo que respiraba junto a ellos, un lugar que pedía respeto y ofrecía a cambio la posibilidad de pertenecer, y así comprendieron que no habían llegado a conquistar, sino a escuchar, a aprender que lo pequeño y lo invisible también sostiene la vida.

Llegaron atraídos por algo que no sabían nombrar: *un aroma dulce que parecía nacer de la misma tierra.*

Al principio creyeron que era un espejismo, luego pensaron que provenía de flores invisibles, pero la fragancia persistía incluso de noche, cuando ninguna flor se atrevía a abrirse, y algunos decían que era el valle saludándolos, otros que la tierra estaba viva y observando, y en ese murmullo de interpretaciones se tejía un misterio que nadie podía descifrar.

Aun así ninguno sospechó la verdad, que las tierras de **Chokán** estaban a punto de cambiar su destino para siempre, pues aquella fragancia no era solo aire perfumado sino un anuncio, un presagio que se deslizaba en silencio por la piel de los recién llegados, un recordatorio de que lo invisible también puede guiar el rumbo de los hombres, y que lo que parece leve es en realidad la primera señal de un mundo que se prepara para revelarse.

Los recién llegados levantaron campamentos junto a los ríos y, poco a poco, comenzaron a escuchar cosas que antes ignoraban: susurros leves al rozar la corteza de ciertos árboles, un sonido dulce al partir la vaina de un fruto marrón, un murmullo que parecía venir del interior de la tierra cada vez que la luna estaba alta. Algunos creyeron que eran los espíritus del bosque. Otros pensaron que el lugar estaba embrujado. Pero

fueron los ancianos quienes dijeron la frase que marcó el inicio de todo:

“La tierra habla... y habla dulce.”

Ese sería el primer conocimiento compartido por generaciones enteras. El primer descubrimiento que uniría a los clanes. La primera chispa del pueblo que, siglos después, sería conocido como los **Chokaní**. Porque aquellas montañas húmedas, aquellos ríos tibios y aquel bosque vivo no eran simples paisajes. Eran un refugio. Un hogar que esperaba ser entendido. Un territorio donde el **Kanú**, el cacao primigenio, comenzaba a desplegar su poder. Un lugar donde la dulzura no era un sabor, sino un mensaje. Y donde los humanos, por primera vez, aprendieron a escuchar.

Los antepasados de los Chokaní eran pequeñas comunidades nómadas que seguían los ritmos del viento, las aguas y las flores. No tenían patria ni nombre común; eran conocidos simplemente como **los que caminan con el sol**. Erraban sin prisa, recogiendo semillas, observando las estaciones, aprendiendo del color del cielo y del curso de los ríos. No construían nada que no pudieran abandonar en un

amanecer, y creían que cada paso debía honrar la tierra sin marcarla.

Todo cambió cuando doce familias alcanzaron un valle rodeado de colinas huecas. Al paso del viento entre aquellas rocas nacía un murmullo extraño, como si el aire despertara memorias antiguas. Lo llamaron **Tulka**, el aliento del amanecer. Entre ellos viajaba **Mirayá**, una joven que poseía un oído distinto: donde otros escuchaban ruido, ella percibía significados. Una madrugada, al acercarse al valle en silencio, oyó un mensaje que ningún otro pudo escuchar: **“Quedaos aquí. La dulzura os encontrará.”** Aquellas palabras no venían de ningún ser vivo. Eran la voz del territorio. Y el destino del pueblo cambió para siempre.

Siguiendo aquella llamada invisible, Mirayá se internó sola en el bosque. Entre troncos altos y hojas densas, halló un árbol distinto a todos: corteza tibia, hojas jadeadas, frutos rugosos con un aroma dulce jamás sentido. Aquel árbol irradiaba una quietud profunda, como si guardara un secreto. Era el **kanú**, el primer cacao del mundo.

Mirayá abrió uno de sus frutos. La pulpa blanca brillaba como luz atrapada. Al probarla, sintió un calor suave ascenderle

por el pecho y una claridad interior que ordenaba pensamientos, recuerdos y emociones. El árbol enseñaba. El árbol hablaba. Cuando compartió el fruto con los demás, todos sintieron lo mismo: un despertar, una paz, una dirección. Los errantes comprendieron que habían encontrado algo que ningún otro lugar les había ofrecido. Ya no querían caminar. Querían quedarse.

Para nombrar ese lugar nuevo, buscaron sonidos que expresaran lo que habían sentido. **Cho** → pequeño, querido, protegido. **Kan** → raíz sagrada, vida dulce. Así nació **Chokán**: **“el pequeño lugar de la vida dulce.”**

Construyeron chozas circulares alrededor del árbol de kanú. No cortaron una sola rama. No arrancaron un solo brote. Aquel círculo de viviendas fue el primer latido del pueblo **chokaní**.

En los días siguientes comprendieron que el mundo hablaba en dos lenguajes: La **Voz del Viento** — guía, advertencia, camino. La **Voz del Cacao** — memoria, enseñanza, claridad. Mirayá podía escuchar ambas. Oía lo que el viento quería mostrar y entendía lo que el cacao quería recordar. Su linaje sería conocido desde entonces como los **Mirak'tul**, los

guardianes de las dos voces. Ellos se convertirían en cronistas, intérpretes, puentes entre la tierra y la gente.

Con el paso del tiempo, los chokaní sintieron la necesidad de conservar lo aprendido. Al principio hacían marcas en piedra, señales simples que capturaban ideas básicas. Pero el conocimiento creció... y las señales tuvieron que crecer con él. Así surgió el sistema sagrado **Kanu'tsur**: Los signos que brotan del cacao. Cada símbolo era más que una letra: era sonido y fuerza, palabra y mundo. Era memoria sostenida en forma de trazo. Fue la primera escritura nacida no de la necesidad, sino de la reverencia.

Aprendieron a cultivar el cacao, a fermentar sus semillas, a mezclar la pulpa con agua y fuego para crear una bebida espesa y cálida. A esa primera mezcla le llamaron **choquitito**, el sorbo pequeño del cacao sagrado, la primera dulzura que despertó su espíritu. El asentamiento creció. Llegaron más viajeros. Los niños nacieron con el olor del cacao en las manos. Chokán dejó de ser un campamento y se convirtió en un pueblo unido por un símbolo vivo.

La prosperidad trajo organización. Surgieron los clanes, cada uno con un papel sagrado: **Kanuyá** — agricultores y guardianes

del cacao. **Mirak'tul** — oyentes del viento y custodios de la memoria. **Tupali** — constructores de chozas, puentes y espacios ceremoniales. **Lumeri** — sanadores del cuerpo y del espíritu. De aquellos días luminosos nació el proverbio que aún viaja por todo Nákara: **“Donde la tierra habla dulce, el corazón no necesita espada.”**

Con los años, Chokán creció tanto que la tierra misma comenzó a pedir descanso. Las cosechas ya no eran suficientes. Los vientos cambiaron de dirección, como señalando un nuevo destino. Los Mirak'tul interpretaron el mensaje: El pueblo debía moverse otra vez. No por necesidad... sino para honrar el equilibrio. Así comenzó la marcha hacia un valle amplio y circular donde, generaciones después, se levantaría **Tulpakán**, el corazón ceremonial del pueblo chokaní y hogar de los futuros Cronistas del Viento.

CAPÍTULO II

Cuando los Hijos de la Dulzura Encontraron su Destino

Arami Mirak'tul se estremeció cuando el choquitito tocó su lengua. Las luces espirales empezaron a formarse a su alrededor, y los jóvenes del círculo se miraron inquietos.

—Arami... ¿estás bien? —susurró Kalun, un aprendiz Mirak'tul que siempre la acompañaba.

Pero Arami ya no escuchaba. Sus ojos se abrieron de golpe, brillando con un resplandor que no era suyo.

—Buscad el **tulo** que abraza los cuatro vientos... —Su voz sonó profunda, como si otra presencia hablara a través de ella—. Allí nacerá la Casa de la Dulzura.

Un murmullo recorrió el círculo. Los ancianos se pusieron en pie.

—¿Ha dicho **tulo**? —preguntó Sahunar, maestro de los Tupali. —Esa palabra es anterior a nuestro pueblo...

Kalun la sujetó cuando su cuerpo cedió.

—Arami, vuelve —le susurró, acercando su frente a la de ella—. Vuelve con nosotros.



La joven respiró hondo, temblando.

—No eran mis palabras —dijo al despertar—. El viento habló dentro de mí.

Y nadie lo dudó.

El primer día de la expedición, los tres clanes designados para la travesía se reunieron en el claro central de Chokán: **Tupali**, los constructores, fuertes y pacientes; **Kanuyá**, guardianes del cacao; Un pequeño grupo **Mirak'tul**, encargados de escuchar el rumbo del viento.

Cada uno llevaba algo sagrado. Los Kanuyá preparaban las semillas de kanú, seleccionadas una a una por su forma y color. Los Mirak'tul llenaban vasijas con agua del **Río Susurro**, el río que bañaba el primer hogar del pueblo. Y los Tupali guardaban cuidadosamente una tablilla Kanu'tsur que contenía un único símbolo grabado: “**Cho-Kan**”, para recordar a todos sus pasos de dónde venían.

Eriya, una niña de doce años que acompañaba el viaje como aprendiz Kanuyá, observaba el ritual con los ojos muy abiertos.

—¿También van estas semillas, maestro? —preguntó mientras sostenía una vaina pequeña, casi tímida.

—Van todas —respondió Hamar, agricultor Kanuyá, limpiándose el sudor de la frente—. Cada una lleva un destino diferente. Y no sabemos cuál necesitará el nuevo hogar.

A unos pasos, Kalun, joven Mirak'tul, cargaba las vasijas del agua del Susurro sobre una vara de madera trenzada.

—Arami —dijo mientras ajustaba el peso—, ¿de verdad crees que encontraremos ese lugar redondo? ¿Ese... tulo del que hablaste?

Arami Mirak'tul, que supervisaba la preparación del viaje, sonrió apenas.

—No lo creo, Kalun. Lo sé. Anoche el viento no me susurró... me llamó.

Hamar soltó una carcajada grave mientras comprobaba las cuerdas de los sacos.

—Pues si el viento vuelve a hablar —dijo guiñando un ojo—, avísanos. Por si quiere decírnos dónde hay un camino más corto.

Arami rió por primera vez en días.

—El viento no da comodidad —respondió—. Da dirección.

Los Tupali terminaron de ajustar la tablilla “Cho-Kan” entre telas protectoras.

—Todo listo —anunció Sahunar, su maestro—. Llevamos semillas, agua y memoria. Lo demás... lo decidirá el camino.

Y así, cuando el sol asomó entre las montañas, los tres clanes avanzaron juntos hacia lo desconocido, llevando en sus manos el pasado y, sobre sus espaldas, el futuro entero del pueblo chokaní.

El valle circular los recibió con un silencio que no era vacío, sino expectante, como si el lugar supiera que aquellos tres clanes habían llegado para despertar algo antiguo dormido en la tierra.

Los Tupali fueron los primeros en avanzar. Sahunar, con sus manos grandes y curtidas, caminó hasta el centro exacto del valle. Arami Mirak’tul se situó a su lado, seguida por Hamar, Eriya, Kalun y los demás viajeros. La tierra, húmeda y rojiza, parecía palpititar bajo sus pies.

—Aquí —dijo Sahunar, clavando su bastón en el suelo—. El círculo respira desde este punto. Es un buen ombligo para empezar.

Arami asentíó, pero algo en el viento la hizo cerrar los ojos.

Kalun lo notó.

—¿Lo oyes? —susurró.



Ella tardó en responder.

—El valle... nos reconoce —murmuró.

Sahunar levantó la vista.

—Entonces hagamos nuestra parte.

Con palas de madera y manos desnudas, comenzaron a excavar un hueco circular. El sonido de la tierra removida se mezclaba con el murmullo del viento, como si el valle cantara con ellos.

Cuando el hueco estuvo listo, Arami respiró hondo.

—Traed lo que hemos guardado para este momento.

Hamar avanzó primero y colocó en el hueco una pequeña bolsa tejida con fibras de kanú.

—Semillas... para que lo que fue, vuelva a ser —dijo.

Luego Kalun, con extremo cuidado, vertió un pequeño cuenco del agua del **Río Susurro**.

—Que el nuevo hogar nunca olvide el sabor del origen.

Dos Tupali se acercaron entonces con la tablilla Kanu'tsur que llevaba grabada la palabra **“Cho-Kan”**. La depositaron en el centro del hueco con una reverencia silenciosa.

—Memoria —dijo Sahunar—. La piedra que no envejece.

Finalmente, Arami tomó entre sus manos un cuenco de choquitito, oscuro, espeso, fragante. Su aroma llenó el aire.

—Esto es para la voz del cacao —dijo, inclinándose—. Para que enseñe. Para que recuerde. Para que hable.

Vertió la bebida en la tierra. La tierra la absorbió en segundos. Todos dieron un paso atrás.

Arami levantó la mirada al círculo de montañas que rodeaba el valle. Y entonces, con voz firme pero temblorosa por la emoción, pronunció:

—De Chokán venimos...

Los tres clanes respondieron al unísono, alzando sus manos:

—A **Tulpakán** caminamos.

Un viento espiralado recorrió el valle, levantando polvo dorado que brilló bajo el sol.

Eriya se agarró al brazo de Hamar.

—Maestro... ¿has visto eso?

—Claro que lo he visto —respondió él, con una sonrisa que no podía ocultar—. Hasta el viento nos está diciendo que este es el lugar.

Arami cerró los ojos. El viento le rozó la mejilla como una palabra suave. Así nació el **Primer Anclaje**. El punto donde el pasado se afirmó en la tierra para permitir que el futuro creciera.

El valle ya tenía un corazón: el Primer Anclaje. Ahora necesitaba un cuerpo, un lugar donde el pueblo pudiera respirar, crecer y soñar. Los Tupali, constructores natos, tomaron el liderazgo.

Durante los primeros días, se dedicaron a observar. No levantaron ni una sola piedra. Solo miraban, escuchaban, caminaban el valle en círculos amplios y lentos.

Eriya, impaciente, siguió a Sahunar mientras él inclinaba la cabeza para sentir la dirección del viento.

—¿Por qué no empezamos a construir ya? —preguntó la niña—. Tenemos semillas, tenemos agua, tenemos la tierra...

Sahunar sonrió, sin dejar de observar cómo una hoja seca danzaba en el aire.

—Eriya... no construimos con manos primero. Construimos con oído.

La niña frunció el ceño.

—¿Oído?

—El viento nos dice dónde poner las puertas —explicó el Tupali—. Dónde abrir los caminos. Dónde no debemos tocar la tierra. Si quieres que un hogar dure generaciones, primero tienes que dejar que la tierra te hable.

Kalun, que escuchaba desde atrás, intervino:

—Es como nosotros —dijo—. Los Mirak'tul escuchamos palabras. Vosotros escucháis espacios.

Sahunar rió.

—Exacto. En este valle, todos somos oyentes del viento.

Arami se unió al grupo, caminando despacio por el borde interior del círculo.

—¿Has descubierto algo? —preguntó a Sahunar.

El constructor levantó su bastón y señaló cuatro puntos del valle, alineados con montes lejanos.

—El viento siempre vuelve a estos cuatro lugares —dijo—. Una y otra vez. Creo que son puertas naturales. Entrada, salida, respiro y retorno.

—Los cuatro vientos —murmuró Arami—. Como en mi visión.

—Exacto —asintió Sahunar—. La ciudad debe construirse como un sol, Arami. Con el Anclaje en el centro... y todos los caminos saliendo de él.

Kalun se inclinó para recoger otra hoja que el viento empujaba.

—Mira cómo gira —dijo—. Como si quisiera mostrarnos el dibujo que debemos seguir.

Sahunar tomó la hoja entre dos dedos.

—Todo en este valle gira —dijo—. El viento. La luz. El eco. Incluso el susurro de la tierra. Así que construiremos... **en espiral.**

Arami sintió un escalofrío. No era miedo. Era confirmación.

—Sahunar —dijo—, hazlo. Construye la espiral. Construid un lugar donde la dulzura pueda respirar hacia afuera y hacia adentro.

El maestro Tupali levantó la voz para que todo el clan lo escuchara:

—¡Tupali! ¡A las herramientas! Hoy no construimos casas... construimos la forma del futuro.

Y entonces comenzó. Los Tupali trazaron líneas sagradas en la tierra, siguiendo el giro del viento, marcando las calles radiales que conectaban el Anclaje con el borde del valle. Las chozas serían circulares, como los frutos del kanú. Los templos, orientados hacia las corrientes invisibles que Arami había sentido.

Mientras trabajaban, los Mirak'tul y los Kanuyá ayudaban:

—Kalun —gritó Sahunar—. ¿Oyes algo en el ala oeste?

—El viento canta allí —respondió Kalun—. Creo que debe ser un lugar de retiro.

—Entonces no construiremos nada sobre ese punto —dijo Arami—. Será un espacio de silencio.

Hamar, cargando maderas, añadió:

—Y aquí la tierra está más blanda, Sahunar. Tal vez un canal de lluvia.

—Perfecto —respondió el constructor—. Los canales son venas. El pueblo deberá beber como bebe un árbol.

Eriya corría de un lado a otro, intentando ayudar.

—¿Dónde pongo estas ramas? —preguntó.

—Donde el viento no las derribe —dijo Sahunar.

—¿Y cómo sé dónde es eso?

—Pon atención. El viento te lo dirá.

La niña se quedó quieta, cerró los ojos y dejó que la brisa le levantara el pelo.

—Creo que... aquí.

—Entonces aquí será —dijo Sahunar—. Bienvenida al arte de construir con naturaleza.

Y así, durante semanas, el valle se llenó de risas, cantos, madera, piedra, sudor y viento. Cada choza tenía su voz. Cada pared, su propósito. Cada camino, un sentido. **Tulpakán** empezaba a latir.

El Primer Anclaje era el corazón del valle, pero aún estaba desnudo. Los tres clanes lo sabían: para que Tulpakán naciera de verdad, debían construir un lugar donde la dulzura pudiera tener voz. Un espacio donde el cacao no solo creciera, sino que enseñara. Por eso, desde el primer día, los Tupali se reservaron el centro del valle para una obra que no sería un edificio, ni una casa, ni un salón... Sino un **templo**. El Templo del Kanú Primordial.

Sahunar trazó un círculo perfecto alrededor del Anclaje.

—Este será el corazón del corazón —dijo, tocando la tierra con su bastón—. Aquí nacerá el templo que sostendrá nuestra memoria.

Eriya observaba cómo los Tupali marcaban el terreno con cuerdas y piedras.

—¿Por qué tan redondo, maestro? —preguntó.

Sahunar sonrió.

—Porque lo redondo es lo que no tiene principio ni final. La dulzura tampoco lo tiene. Fluye. Regresa. Se transforma.

Arami, que había estado escuchando, añadió:

—Y porque la espiral que construimos fuera... debe encontrar reposo en un círculo dentro.

Kalun inclinó la cabeza.

—¿Como si el templo fuera el silencio en el centro del movimiento?

—Exacto —respondió Arami—. El silencio donde el cacao habla.

El día del plantado, todos los clanes se reunieron alrededor del círculo. Trajeron el brote del primer kanú, hijo directo del árbol que Mirayá había descubierto décadas atrás. Era pequeño. Frágil. Pero irradiaba una fuerza tranquila que imponía respeto.

—Parece... vivo —susurró Eriya.

Arami sonrió.

—Todos los brotes están vivos, Eriya.

—No, no —insistió la niña—. Vivo de otra manera.

Sahunar asintió.

—Ella tiene razón. Este no es un brote cualquiera. Este es el que recordará lo que fuimos y lo que seremos.

El clan Kanuyá se acercó con semillas pulverizadas, agua del Río Susurro y fragmentos de la raíz original.

Hamar puso su mano sobre el hombro de Arami.

—Cuando coloques este brote... todo empezará de verdad —dijo.

—¿Y si el sueño de Arami era solo eso, un sueño? —susurró Kalun, inquieto.

—Kalun —Hamar se giró hacia él con una sonrisa tranquila—, nada que viene del cacao es solo un sueño.

Arami sostuvo el brote entre sus manos. El viento se calmó de golpe, como si el valle estuviera conteniendo la respiración.

—Arami —dijo Sahunar—, hazlo cuando estés lista.

La joven se arrodilló delante del hueco, y su voz salió suave:

—Kanú primordial... hijo del primero... te entregamos la tierra que nos llamó.

Depositar el brote fue como dejar caer un latido en la tierra. Todos inclinaron la cabeza. El silencio era tan profundo que se escuchó cómo el viento cambiaba de dirección.

Eriya, sin poder contenerse, dio un paso adelante:

—¿Puedo... tocarlo?

Arami la miró con ternura.



—Tócala solo si puedes hacerlo sin miedo.

La niña respiró hondo, acercó su mano temblorosa y rozó la hojita más pequeña. Un sonido leve, como un murmullo dulce, se escapó del suelo.

—¿Lo oíste? —preguntó Eriya, con los ojos brillando.

—Todos lo oímos —dijo Kalun—. Ha hablado.

Arami cerró los ojos para escuchar mejor.

—No ha hablado —corrigió ella—. Ha saludado.

A partir de ese día, los Tupali trabajaron sin descanso. Cada piedra se colocaba midiendo su sombra. Cada viga se orientaba

siguiendo las corrientes del viento. Las paredes se levantaron redondas, sin aristas que pudieran lastimar la armonía del espacio. El techo quedó abierto en un círculo para que el viento entrara libremente y pasara por el brote sin obstáculos.

Kalun observaba cada detalle, fascinado.

—Sahunar... nunca había visto una construcción así —dijo.

—Porque no es una construcción —respondió el maestro Tupali—. Es una ofrenda.

—¿A quién? —preguntó Eriya.

—A la vida pequeña —dijo Arami desde el fondo—. A lo que empieza. A la dulzura que cambia el mundo sin hacer ruido.

Pasaron días, semanas. El brote creció, y el templo se llenó de un aroma tibio, como si el cacao respirara.

Una mañana, mientras Kalun meditaba junto al tronco, se incorporó súbitamente.

—Arami... ven —llamó con voz baja.

Ella se acercó, preocupada.

—¿Qué ocurre?

Kalun apoyó la oreja en el tronco.

—Escucha.

Arami imitó el gesto. Y entonces lo oyó: Un susurro profundo. Un sonido dulce, antiguo, como el eco de algo que había vivido antes del mundo.

—Es... —empezó Arami, con lágrimas en los ojos.

—Sí —susurró Kalun—. Es el lugar donde nació la palabra dulzura.

El Templo del Kanú Primordial estaba vivo. Con él, también nacía **Tulpakán**.

El templo ya estaba en pie. El brote del kanú primordial respiraba en el centro, rodeado por muros circulares que parecían abrazarlo. Y las calles espirales de Tulpakán serpenteaban hacia afuera como rayos de un sol recién nacido. Solo faltaba una cosa: consagrarlo ante el pueblo. Por eso, cuando la luna comenzó su ciclo creciente, Arami anunció el inicio de la celebración que sería recordada por generaciones: **El Día de la Dulce Expansión**. Duró ocho días y ocho noches, simbolizando el viaje de la dulzura desde el corazón de la tierra hasta los labios del pueblo.

La ceremonia comenzó con una gran asamblea alrededor del Templo del Kanú Primordial. Los ancianos de los clanes se reunieron al frente, vestidos con mantos de fibras oscuras.

Arami levantó una vasija de choquitito y habló con voz firme:

—Hoy recordamos que nacimos pequeños. Hoy recordamos que crecimos dulces. Y hoy, por fin, nos expandimos hacia el mundo.

El pueblo entero respondió golpeando el suelo tres veces, un gesto ancestral para despertar la tierra.

Kalun susurró a Eriya:

—¿Sientes eso?

—¿El temblor?

—Sí —dijo Eriya, con los ojos abiertos de par en par—. Es como si el valle vibrara con nosotros.

Los Tupali encendieron antorchas que colocaron siguiendo la espiral de la ciudad. Al caer el sol, Tulpakán brillaba como un enorme remolino de fuego.

Hamar, sonriendo, le dijo a Sahunar:

—Nunca pensé que una ciudad pudiera bailar.

—No baila la ciudad —respondió el constructor—. Bailan las vidas que la recorren.

Arami recorrió la espiral con Kalun. Por donde pasaba, el viento se arremolinaba a su alrededor con un susurro suave.

—Parece que te reconoce —dijo Kalun.

—No a mí —corrigió Arami—. Reconoce la palabra que traemos dentro.

Los agricultores del cacao ofrecieron bebidas hechas con las primeras semillas de Chokán. Cada sorbo era amargo al principio, dulce al final.

—Así es la vida del kanú —explicó Hamar a un grupo de niños—. Dura por fuera. Suave por dentro. Como muchas historias importantes.

Eriya levantó su cuenco.

—Maestro... ¿esta dulzura existía antes que nosotros?

Hamar le revolvió el pelo.

—La dulzura siempre existe antes que quien la descubre.

Los Mirak'tul lideraron una danza circular que imitaba los movimientos del viento sobre las montañas. Las personas se desplazaban en espiral, cambiando de dirección como ráfagas vivas.

Kalun tomó a Arami de la mano.

—¿Bailas? —preguntó.

Arami dudó.

—Los Mirak'tul no solemos...

—Hoy no eres solo Mirak'tul —interrumpió él—. Hoy eres la que escuchó el tulo.

Ella rió y aceptó. La danza los envolvió, los elevó, los acercó sin querer.

—Kalun —susurró Arami entre pasos—. Siento... como si todo estuviera conectado.

—Porque lo está —respondió él—. Tulpakán nos une.

Durante dos días, se prohibió hablar dentro del templo. El pueblo debía entrar, hacer un círculo alrededor del kanú primordial y escuchar. Nada más. Muchos salieron llorando.

Otros salieron sonriendo. Otros, simplemente, salieron más tranquilos de lo que habían entrado.

Kalun entró con Arami.

—¿Qué debo escuchar? —preguntó.

—Lo que no quieras oír —respondió ella—. Siempre es eso.

El susurro del tronco era delicado, casi tímido.

—Arami —dijo Kalun, con la voz rota—. El árbol me ha llamado mirié.

—A mí también —susurró ella—. Creo que nos está recordando que lo seguimos siendo.

Las semillas de kanú que trajeron desde Chokán fueron bendecidas y repartidas entre las familias. Cada una recibió una sola semilla, símbolo de responsabilidad y esperanza.

Eriya apretó la suya en el puño.

—Maestro Hamar... ¿y si la rompo? ¿Y si no crece?

—Entonces aprendemos —respondió él—. Y probamos otra vez. Así es el camino de las cosas pequeñas.

Al amanecer del octavo día, Arami subió al mirador del templo. El viento sopló con fuerza suave, como sosteniendo sus palabras antes de que cayeran sobre el valle.

—Pueblo de la dulzura —proclamó—, hoy dejamos de ser un único corazón. Hoy somos dos: El que recuerda: **Chokán**. El que sueña: **Tulpakán**.

El viento respondió con un giro perfecto, envolviendo la ciudad en un susurro cálido.

Kalun se acercó a ella en silencio.

—Lo has logrado —dijo.

Arami negó lentamente.

—No, Kalun. Lo hemos logrado todos. El viento solo me prestó la voz.

Y así, entre celebraciones, silencios, danzas y semillas, nació oficialmente **Tulpakán**. Un pueblo con dos corazones. Y un futuro que acababa de abrirse en espiral.

Tulpakán no tardó en convertirse en el centro vivo del pueblo chokaní. Las calles espirales, los templos alineados con los vientos y el kanú primordial creciendo en el corazón del

valle creaban una armonía que nunca antes habían experimentado.

Era la **Era de la Prosperidad Circular**, llamada así porque todo en la ciudad funcionaba en ciclos: la enseñanza, las cosechas, los rituales, incluso las emociones. Nada avanzaba en línea recta. Todo regresaba y se renovaba.

Los Mirak'tul, inspirados por la claridad del cacao y el viento, comenzaron a escribir los primeros textos largos en Kanu'tsur.

Kalun trabajaba junto a Arami en la primera Sala de Escritura.

—Arami —dijo él mientras trazaba un símbolo—, ¿crees que alguien dentro de cien años leerá esto?

Arami apoyó la mano en la mesa de piedra.

—Kalun... dentro de cien años, esto será nuestra voz. Incluso cuando la nuestra ya no exista.

Kalun sonrió, tímido.

—Entonces escribiré con más cuidado.

Eriya, ahora aprendiz Mirak'tul, intervino desde el fondo de la sala:

—¿Y si dentro de cien años inventan una forma de escribir aún más bonita?

Arami rió.

—Entonces significará que el pueblo sigue vivo. Toda escritura es semilla, Eriya. Y las semillas siempre cambian de forma.

Los Kanuyá ampliaron la forma de trabajar el cacao. En Tulpakán aparecieron los primeros talleres maestros, donde se fermentaban semillas con nuevas técnicas y se experimentaba con mezclas más complejas.

Hamar enseñaba a su grupo mientras machacaba semillas en un cuenco de piedra.

—Escuchad —dijo—. El cacao no solo se bebe. Se cuida. Se escucha. Se respira.

Eriya lo observaba fascinada.

—¿Se respira, maestro?

—Claro —respondió Hamar—. Cuando fermenta, late. Y cuando late, da señales de cómo quiere ser. Cada lote tiene su carácter.

Kalun entró en el taller, arrugando la nariz.

—Huele fuerte.

—Lo fuerte alimenta lo dulce —respondió Hamar, riendo— . Todo equilibrio se construye con contrastes.

Los Mirak'tul construyeron la primera **Escuela de los Oyentes**, un espacio semicircular donde los aprendices aprendían a distinguir los susurros, direcciones y señales del viento.

Sahunar, aunque Tupali, fue invitado a enseñar allí.

—Arami —dijo él en una clase—, ¿estás segura de que yo deba estar aquí? No soy oyente del viento.

—Claro que lo eres —respondió ella—. Escuchas el viento en la arquitectura. Eso también es escuchar.

Los alumnos se sentaron en silencio.

—Muy bien —dijo Sahunar—. Lección uno: El viento no habla siempre. Pero cuando calla... también dice algo.

Kalun levantó la mano.

—¿Y qué dice cuando calla?

Sahunar lo miró con una sonrisa.

—Que escuchéis más profundo.

En la entrada de Tulpakán, sobre un arco de piedra, los Tupali grabaron una frase que Arami había pronunciado meses atrás: **“Que la dulzura sea guía y el viento sea verdad.”**

Cada vez que un viajero llegaba, se detenía a leerla. Un día, un comerciante de las tierras lejanas miró la inscripción con curiosidad.

—¿Qué significa realmente? —preguntó.

Arami, que pasaba cerca, respondió:

—Significa que aquí no mandan las espadas. Mandan los sentidos.

El comerciante asintió, sorprendido.

—Vuestro pueblo... es distinto.

Eriya, que caminaba junto a Arami, intervino:

—No somos distintos. Solo recordamos escucharlo todo.

Arami miró a la niña, orgullosa.

—Eso es Tulpakán —dijo—. Un lugar para recordar y para escuchar. Un lugar donde crecer sin olvidar de dónde venimos.

Con el tiempo, las calles se llenaron de risas, mercados, rituales, y el sonido constante del viento que atravesaba templos y chozas. El kanú primordial crecía cada día. Su tronco empezó a sonar más profundo, como si guardara historias nuevas.

Una noche, mientras Arami caminaba sola hacia el templo, Kalun la alcanzó.

—Arami —dijo él—. A veces pienso que Tulpakán nos está cambiando.

Ella lo miró con calma.

—Kalun... lo que cambia no es malo. Lo que no cambia... es lo que se rompe.

El viento sopló, envolviéndolos.

—Creo que el viento está de acuerdo —dijo él.

Arami sonrió.

—Entonces seguimos el rumbo correcto.

Tulpakán florecía. El pueblo era más fuerte, más sabio y más dulce que nunca. Era el inicio de una era que sería recordada como el tiempo en que la ciudad aprendió a respirar en espiral.

Con el paso del tiempo, Tulpakán creció como crece un círculo en el agua cuando cae una gota: en ondas suaves, constantes, inevitables. Pero tanto movimiento, tanta vida, tanta dulzura... necesitaban contacto y equilibrio con su origen.

Un día, al final de la estación de la Luz Suave, los ancianos de los clanes se reunieron en el Templo del Kanú Primordial. Arami entró acompañada por Kalun. El tronco vibraba suavemente, como si supiera que algo importante iba a decirse.

Sahunar fue el primero en hablar.

—Los cultivos están fuertes —dijo—. El viento circula bien. Pero hay un desequilibrio que no podemos ignorar.

Hamar asintió, con gesto serio.

—Chokán nos dio vida... pero ya no puede sostener más cosechas. Las tierras están cansadas.

Eriya, sentada a un lado, susurró:

—¿Cansadas? ¿Como un niño después de correr?

Hamar sonrió.

—Sí. La tierra también se cansa, Eriya. Y cuando lo hace, hay que dejarla dormir.

Arami cerró los ojos, escuchando.

—El viento también ha cambiado —dijo—. Antes venía directo desde Chokán. Ahora gira y rodea. Nos está mostrando que debemos separar los caminos para que ambos lugares vivan.

Kalun miró a Arami con preocupación.

—¿Quieres decir que debemos dejar Chokán atrás?

Arami negó suavemente.

—No dejarlo... Honrarlo. Liberarlo.

Sahunar dio un paso al frente.

—Entonces debemos tomar una decisión. ¿Hacemos de Tulpakán nuestro nuevo corazón ceremonial?

El silencio cayó como un manto. Todos sabían que esa decisión cambiaría al pueblo para siempre.

Hamar miró a los demás con ojos firmes.

—No olvidemos una cosa: Tulpakán nació porque Chokán lo permitió. Dejar que Chokán descance... también es respetarlo.

Eriya levantó la mano, tímida.

—Entonces... ¿Chokán será como un abuelo?

—Exacto —respondió Arami con una sonrisa cálida—. Un abuelo que no puede caminar rápido, pero cuya historia nos sostiene.

Kalun respiró hondo.

—Entonces... Tulpakán será el joven que sigue el camino.

—Y ambos formarán un mismo pueblo —concluyó Sahunar.

Arami colocó sus manos sobre el tronco del kanú primordial. Su voz salió suave, pero firme, como un eco que venía desde el mismo Primer Anclaje.

—Tulpakán será nuestro corazón ceremonial. Y Chokán será la raíz que lo alimenta. El viento ya lo había decidido... nosotros solo estamos escuchando.

Un suave susurro recorrió las paredes del templo.

Hamar se cruzó de brazos.

—¿Y qué haremos con la gente que aún vive en Chokán?

—Quedarán allí —respondió Arami—. Chokán seguirá siendo hogar. Pero la dulzura profunda, la enseñanza, los rituales... nacerán aquí.

Kalun miró hacia el norte, hacia el camino que unía ambos asentamientos.

—Entonces debemos abrir un sendero. Un sendero que una los dos corazones.

—Sí —dijo Sahunar—. El **Camino entre Corazones**.

Eriya abrió los ojos con emoción.

—¿Puedo ser una de las primeras en caminarlo?

Arami le acarició la cabeza.

—Eriya... tú ya lo has caminado desde el día en que tocaste el brote.

Todos rieron suavemente.

Y así, con palabras sencillas y un susurro del viento, se tomó una de las decisiones más importantes de la historia chokaní: Chokán y Tulpakán dejarían de ser un solo lugar... para convertirse en dos almas unidas. Ese fue el inicio del **Camino Hacia Tulpakán**, una senda ceremonial que generaciones recorrerían para recordar lo más importante: Que ningún corazón camina sin otro que lo sostenga.

